Hoy en día no es raro ver a críticos de Israel acusarlo de ser un Estado de apartheid. Tanto si se utiliza para describir las políticas israelíes hacia los palestinos de Cisjordania y la Franja de Gaza como hacia los ciudadanos árabes de Israel, la etiqueta es inexacta, ofensiva y a menudo se utiliza para deslegitimar y denigrar a Israel en su conjunto.

Apartheid suele referirse a la política rectora de segregación racial en la Sudáfrica anterior a la década de 1990. Aunque no cabe duda de que Israel, como todos los países, tiene enormes retos sociales y debe mejorar en la resolución de problemas de prejuicios, discriminación, desigualdad y racismo institucionalizados, optar por aplicar la etiqueta de apartheid parece cuestionar la legitimidad del único Estado judío del mundo y su continuidad.

En Israel existen salvaguardias destinadas a garantizar la igualdad de trato de todos los ciudadanos, judíos o árabes, y las leyes y las instituciones democráticas israelíes, incluidos los tribunales independientes y una sólida prensa libre, se encargan de defender y defender estos derechos. Los ciudadanos árabes israelíes, que representan más del 20% de la población israelí, ejercen de jueces, embajadores, legisladores, periodistas, profesores, artistas y desempeñan papeles destacados en todos los aspectos de la sociedad israelí. Y por primera vez, a partir de junio de 2021, un partido político árabe islamista es socio de una coalición de gobierno.

Las políticas israelíes en Cisjordania y en relación con la Franja de Gaza siguen siendo objeto de disputa y negociación tanto por parte de israelíes como de palestinos. Son complicadas y, debido a la falta de un acuerdo definitivo, existen de hecho políticas y restricciones -incluidas limitaciones a la circulación y al acceso a determinados recursos- que pueden imponer tremendas dificultades a los palestinos. Desde el punto de vista israelí, estas políticas están justificadas por consideraciones de seguridad, dadas las amenazas pasadas y presentes de las organizaciones terroristas palestinas contra civiles israelíes, incluso dentro de las fronteras de Israel anteriores a 1967. Aunque las políticas y prácticas de Israel son ciertamente criticables, no es exacto decir que son similares a un sistema permanente e institucionalizado motivado y diseñado por el racismo.